
Breve introducción a la figura de Sócrates y a su método

«Ves, Menón, que yo no le enseño nada, sino que le pregunto todo».

(*Menón*, 82e¹)

De Sócrates sabemos que era ateniense, y que vivió entre el 479 a. C. y el 399 a. C, es decir, que vivió el apogeo de la Atenas democrática de Pericles. El siglo de los grandes tragediógrafos, como Esquilo, Sófocles y Eurípides, o de los grandes comediógrafos, como Aristófanes. Atenas vivió una época de exuberancia cultural, de riqueza y dominio. Es la época de escultores como Fidias o de historiadores como Heródoto o Tucídides. Vivió la segunda guerra con los persas (o guerras médicas) a mediados del siglo V a. C., en la que Atenas salió milagrosamente triunfante, y vivió también la peste y la derrota de Atenas en la guerra contra Esparta, y el declive de la democracia.

Sirvió como hoplita (infante con armadura, yelmo y escudo) en el ejército de Atenas, durante la guerra contra Esparta, demostrando gran valor y una capacidad extrema de soportar condiciones adversas.



Ilustración 1. *Formación de hoplitas helenos*

1. Los *Diálogos* platónicos se citarán con el título seguido de la paginación Stephanus.

En un principio se interesó por las causas que hacen que la naturaleza sea como es. Pero, en algún momento de su vida abandono ese interés, porque consideró que no era capaz de tratar acerca de las causas (*Fedón*, 96a-99d), y, ante el temor a quedar ciego por la contemplación de los principios reales, decidió *refugiarse* en los conceptos, (*Fedón*, 99d-e) es decir, en lo que es *hipotético* pero no real. Ahora bien, éste es un método idóneo para tratar los asuntos humanos, es decir, el modo según el cual deben vivir las personas y organizar su convivencia, puesto que ello depende de multitud de situaciones y circunstancias muy cambiantes que deben ser consideradas como posibilidades que pueden llevarse a cabo o no, y sobre las que hay que deliberar.

En esta segunda época no indagaba en solitario, sino que invitaba a otros a unirse a sus investigaciones. No se consideraba maestro, no tenía escuela propia ni un lugar fijo donde hablaba, sino que dialogaba con cualquiera y en cualquier sitio. Posiblemente, este aspecto en su manera de proceder, tan poco ortodoxa o académica, atraía especialmente a los jóvenes. Se ponía en el mismo nivel de cualquier participante en el diálogo, en el sentido de que él no era el que enseñaba o daba lecciones, sino que conducía el diálogo orientándolo hacia las verdades que consideraba más elevadas. Si, tras el diálogo, alguien adquiría sabiduría, lo hacía él mismo con la ayuda de Sócrates, que solo le hacía las preguntas oportunas.

Sócrates solo preguntaba una y otra vez cuestiones cuyas respuestas terminan por refutar creencias o convicciones que se creían como ciertas, mostrando sus internas contradicciones y sus ambigüedades. Es decir, procedía por refutación de conclusiones erróneas o falaces que se creen verdaderas. A este tipo de refutaciones les da Aristóteles en su obra, *Tópicos* (1982), el nombre de *élenkos*.

Los diálogos que protagoniza Sócrates son una sucesión de preguntas y respuestas. No obstante, los argumentos que empleaba eran más retóricos que estrictamente lógicos, como veremos; es decir, que trataba de persuadir o de convencer, más que de demostrar, haciendo ver la debilidad de las otras posibles conclusiones: la inviabilidad de las otras soluciones. Las indagaciones en sus diálogos no buscaban establecer verdades necesarias, científicas, sino más convincentes o plausibles que sus contrarias.

No tenía discípulos sino amigos, y no empleaba lecciones para educarles, sino un modo de enseñanza que una vez describió como una mezcla aleatoria de cosas diversas. Es decir, que su método consistía en no seguir ningún método o en no preferir uno a otro, sino más bien en acumular lo que un abogado llamaría evidencias o pruebas en contra de las distintas opciones planteadas en los diálogos. Empleaba muchísimos ejemplos que enriquecían el significado de los términos empleados, o

que quizá hacían aconsejable dividir el término en diversos sentidos o significados. Por ejemplo, en el caso del amor hay que distinguir fundamentalmente dos tipos: uno que busca el bien del amado y otro que busca disfrutar carnalmente de él, como afirma Pausanías en el *Banquete* (180d-e).

Además, dependiendo de con quién hablaba, sobre qué tema y en qué contexto, su actitud y su manera de emplear los argumentos variaba mucho.

Al parecer no dejó nada escrito. Lo que entendemos por filosofía socrática son las ideas que Platón, su discípulo, pone en su boca en los *Diálogos* que escribió. Sobre esto hay mucha controversia, es decir, sobre si lo que Platón ponía en boca de Sócrates era el pensamiento del propio Sócrates o era más bien el de Platón. La opinión más extendida es que, desde el monólogo, *Apología*, incluyendo los *Diálogos* de juventud de Platón, es decir, *Critón*, *Eutifrón*, *Ión*, *Lisis*, *Cármides*, *Hippias Menor*, *Hippias Mayor*, *Laques*, *Protágoras*, hasta *Gorgias*, *Menéxeno*, *Eutidemo*, *Menón* y *Cratilo*, Platón siguió el pensamiento de su maestro, pero que, posteriormente, tras algunos viajes y muy influido por ideas pitagóricas y parmenídeas, puso en boca de Sócrates sus nuevos puntos de vista, más metafísicos (Vlastos, 1991). Pero otros autores, como Nails (1993) o Caín (2007) apuestan por una interpretación más psicológica y *dramatizada* de los diálogos y más unitaria, que invalidaría la división o el enfoque de Vlastos, según la cual se daría una clara evolución en el pensamiento platónico expuesto en los *Diálogos* relacionada con sus viajes a Sicilia y Egipto.

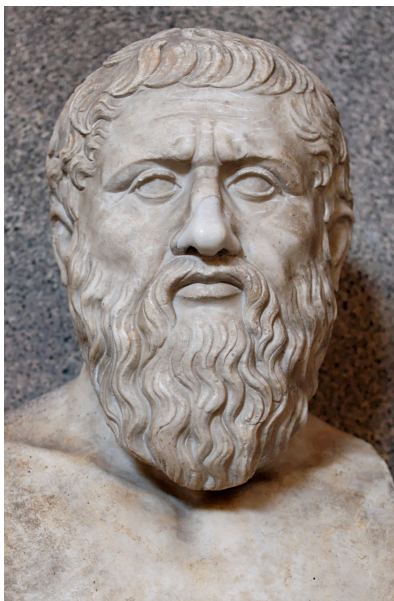


Ilustración 2. Busto de Platón

El efecto dramático de los diálogos era de suma importancia. Es completamente distinto, emocionalmente, escuchar una lección o una serie de prescripciones que *caer en la cuenta* uno mismo de que no sabía nada de lo que creía saber. En este caso se sufre una especie de *shock* que provoca unas transformaciones extraordinarias sobre la manera de pensar y de conducirse y, en definitiva, sobre el carácter y la personalidad.

También es cierto que, no solo en los primeros *Diálogos*, sino en prácticamente todos, los temas se relacionan con los asuntos humanos, en especial con la ética, por lo que se puede decir que Sócrates es, fundamentalmente, un filósofo moral, pero que no aleccionaba o aconsejaba, sino que solo interrogaba y llevaba a los demás a *aporías* (de *a-poros*, es decir, *sin salida*), a callejones sin salida, para *despertar* en ellos el auténtico conocimiento de las verdades morales, de las verdades que, además de verdades, son buenas desde el punto de vista moral o ético. ¿Y por qué empleaba ese método, por decirlo así, tan retorcido? Porque estaba convencido de que tales verdades, al ser, a su vez, bienes morales, no se podían transmitir sin más, sino que requerían un cambio en la actitud del pupilo: una predisposición a aceptar dichas verdades que, por otra parte, eran muy difíciles de formular lingüísticamente.

Para Sócrates, como para la mayoría de los maestros morales y espirituales, el lenguaje es sobre todo una fuente de malentendidos que verbalmente se pueden desvelar con el propio lenguaje, mediante el diálogo, pero que no permite transmitir las verdades profundas sobre la existencia humana y su destino. Esto es algo que cada uno debe concebir en su interior con la ayuda del maestro, pero sobre todo con un cambio en su manera de entender la vida, de estar en el mundo.

De esta manera, aunque para Sócrates la virtud es la sabiduría, ésta no puede enseñarse en sentido estricto. El maestro no puede mostrarla al pupilo, como quien ostenta un objeto que puede verse. Como dice el filósofo escocés MacIntyre, «la mente ha de encontrar en sí misma aquello que la dirige a una fuente de inteligibilidad más allá de sí misma, fuente que le procurará lo que la ostentación en sí misma no puede» (1992, p. 117)

Aristóteles critica a Sócrates por pensar que la virtud es conocimiento. Para Aristóteles, la virtud ética viene siempre acompañada de conocimiento, pero no se puede reducir a él porque hay muchos que saben qué es lo mejor pero no lo hacen, porque son incontinentes, es decir, porque no se gobiernan a sí mismos. Pero la sabiduría socrática no es un conocimiento teórico. Más bien es un conocimiento que hace innecesario gobernarse a sí mismo ejerciendo cierta violencia contra uno o esforzándose en ser virtuoso. La sabiduría es una virtud sin esfuerzo, como un estar embelesado con algo en lo que uno *confía ciegamente*, en el sentido de que lo conoce, no tanto

con la razón sino con algo más profundo: con el corazón. Frente a los argumentos de Protágoras, Sócrates mantiene dos tesis que parecen contrarias: que la virtud es conocimiento pero que no es enseñable. Es un conocimiento tan luminoso que aleja la posibilidad de decantarse por lo bochornoso (Protágoras, 359d-360d). Por ejemplo, los valientes avanzan hacia lo temible porque no lo consideran o no lo ven como temible, sino como algo que su corazón les dicta que hay que hacer (Protágoras, 359d).

El mero conocimiento, aunque sea de una naturaleza muy especial, puede evitar el mal por varios motivos. Santo Tomás de Aquino apunta, entre otros, estos dos: la contemplación de aquello que resulta siempre admirable no provoca hastío y, en esa medida, la voluntad se queda como fijada o embelesada en dicho objeto (*Suma Contra los Gentiles* [III, c. 62]), y, por otra parte, si no media ninguna ignorancia del entendimiento, la voluntad no se aparta del bien (*Suma Contra los Gentiles* [IV, c. 92]). Aunque Tomás de Aquino reserva ese conocimiento tan especial a los que gozan de la visión beatífica, nosotros podemos acercarnos algo, gracias a estas ideas, a lo que Sócrates entiende como conocimiento cuando se está refiriendo a éste como la virtud suprema, es decir, cuando habla de la sabiduría.



Ilustración 3. Santo Tomás de Aquino

La razón sirve sobre todo para mostrar lo falso y desecharlo, lo cual es de vital importancia para ver qué es lo que queda una vez que se eliminan todas las falsedades. Pero la razón no puede mostrar esta sabiduría de manera directa, sino emplear la estrategia de la refutación para llevar al participante en el diálogo a ese punto en que él debe concebir la incommunicable verdad en su interior. Esto explica, además, la negativa de Sócrates a dejar nada escrito. Si el lenguaje vivo de una charla ya es inadecuado, con mucho más motivo lo es un lenguaje muerto, escrito. Una doctrina escrita inmediatamente ocasiona distintas interpretaciones en las que se apoyan distintas escuelas que se ramifican y enfrentan entre sí.

En cierta ocasión, un amigo de Sócrates fue a Delfos, donde se encontraba el templo de Apolo, con el famoso lema en su frontispicio: «*GNOTHI SEATON*», «*CONÓCETE A TI MISMO*», y el oráculo de la Pitia, la sacerdotisa de Apolo que tenía el don de la adivinación. El oráculo era una pequeña gruta subterránea en la que se sentaba la Pitia, que mascaba hojas de laurel, que era una planta íntimamente relacionada con el dios Apolo, sentada en un trípode situado sobre una grieta de la que emanaban vapores que supuestamente provenían del cadáver de una serpiente llamada precisamente Pitón.



Ilustración 4. *Kilix griego que representa a la Pitia*

Pues bien, este amigo de Sócrates quiso saber por mediación del oráculo si había en el mundo alguien más sabio que Sócrates, y el oráculo contestó que el más sabio era Sócrates. Cuando el amigo volvió a Atenas y se lo contó a Sócrates, éste estuvo

varios días desconcertado intentando buscarle sentido a la respuesta que había dado el oráculo, porque él no era maestro de nada, ni enseñaba nada, ni era especialista en ninguna materia, como los sofistas, que sabían de muchas cosas. Hasta que llegó a la iluminadora conclusión de que él estaba convencido de que no sabía nada. Esta era su gran sabiduría: el saber que no se sabe nada y, por lo tanto, el no dejar nunca de indagar, de examinar constantemente lo que supone como conocido. Ahora bien, se indaga mejor en equipo, mediante el diálogo.

El diálogo socrático es un modo de conversación superior a la discusión carente de autocrítica porque invita a ponerse en la piel de los otros participantes en el diálogo, permitiendo que estos participantes formen una verdadera comunidad de investigación. Es decir, que las ventajas o beneficios del método socrático no son meramente los relacionados con la indagación acerca de determinados temas, sino que desarrolla actitudes moralmente relevantes como son:

- Comprometerse a responder a otro.
- Comprometerse a escuchar con la máxima atención.
- Ponerse en la piel (en el pensamiento, deseos o sentimientos) de otros.
- Comprometerse a contribuir y atreverse a aportar.
- Saber interpretar, cuando se demuestra que uno estaba equivocado, que ello supone un gran paso hacia delante para todo el grupo, y que no equivale a ninguna derrota.

Hay un aspecto experiencial en el método socrático que es tan educativo o más que su aspecto teórico o racional (Keckmann, 2004; Nelson 2004), como mostraremos más adelante. Como decía Mill: «El amor a la virtud y todos los otros sentimientos nobles, no son comunicados por la razón, sino captados por la inspiración o la simpatía con aquellos que ya lo tienen» (2014, p. 150).

El diálogo socrático se distingue de dos tipos antagónicos de conversación. Por una parte, el diálogo socrático no entiende como adversario a aquel con el que se dialoga, es decir, no lo entiende como una discusión o debate del que se sale ganador o perdedor. Pero, por otro lado, tampoco es una conversación en la que se acepten todas las opiniones de una manera acrítica, por un respeto mal entendido, ni en una especie de asamblea donde cualquier discrepancia se suele entender como un ataque o ultraje personal. Su finalidad no es quedar por encima de nadie ni tampoco buscar un acuerdo conciliador entre las partes, sino examinar la vida juntos, gracias al diálogo y a todo lo que le acompaña, y que, en buena medida, se pierde con su lectura.

El diálogo que se debe llevar adelante suele comenzar con un repaso de experiencias vividas relacionadas con el tema, o con valoraciones generales sobre su relevancia para la vida de cada uno de los participantes. Se trata de una indagación que parte de unas experiencias y valoraciones más o menos compartidas. Pero no se trata simplemente de un recopilar experiencias, valoraciones u opiniones. Las experiencias deben ser examinadas, aclaradas e investigadas.

El centro de gravedad del diálogo no está en su estructura lógica, ni tampoco en los contenidos o temas que se tratan, sino en la experiencia misma de indagar en común algo que se creía que se sabía y que el diálogo revela que no se sabe. Hay un carácter *epifánico*, revelador, en el modo de proceder de Sócrates. Sócrates no pretende que se piense esto o aquello, sino que se examine la debilidad del propio pensamiento y el mal uso que se le da a las palabras.

A Sócrates solo le interesan los participantes: no necesita una grada llena de espectadores que le aplaudan o le censuren. No necesita más votos ni más testigos que los dialogantes. De hecho, se niega a hablar para la multitud (*Gorgias*, 474b), aunque tuvo que hacerlo en su apología, en su defensa ante el tribunal.

No debemos ser racionalistas, ni oradores embaucadores, expertos en ganar debates según las encuestas, pero sí que debemos, todos, docentes y alumnos, dominar una serie de recursos retóricos mínimos. Una educación en la que no se mejoran y enriquecen constantemente los esquemas de acuerdo a los cuales ordenamos e interpretamos la realidad y nuestro papel en ella, no es una verdadera educación.

La idea de la provisionalidad de las respuestas es fundamental en los diálogos. Casi se podría decir que una buena respuesta es aquella que conduce a una pregunta aún mejor, que indaga más a fondo el asunto. Así, paso a paso, las preguntas encadenadas se convierten en una forma de profundización, como cuando se hace un pozo: son preguntas indagatorias que buscan profundizar cada vez más, no zanjar los asuntos, como cuando se ciega un manantial.

En el 399 a. C. Sócrates fue acusado de corromper a la juventud y de no creer en los dioses de la ciudad. Platón y Jenofonte (2022) dejaron escritos acerca de la defensa que él mismo hizo en su juicio. Finalmente fue sentenciado a muerte. Antes de morir bebiendo la cicuta pasó un mes en prisión, debido a que una celebración en la ciudad prohibía las ejecuciones durante ese periodo de tiempo. Pudo escapar, pero se negó. En primer lugar, porque las leyes debían ser cumplidas (*Critón*, 50a-53a), pero, sobre todo, porque no consideraba la muerte como un mal, sino todo lo contrario. El filósofo es el que se prepara para la muerte y no debe retroceder frente a ella (*Fedón* 63e-68c).